

bian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasia, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. Si no fué Roldan mas gentilhombre que vuestra merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella le desdenase y dejase por la gala, brio y donaire que debia tener el morillo barbiponiente á quien ella se entregó; y anduvo discreta de adamar ántes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esa Angélica, respondió D. Quijote, señor cura, fué una doncella destrada, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentóse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó á su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió despues de su ruin entrego, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro,
Quizá otro cantará con mejor plectro.

Y sin duda que esto fué como profecía, que los poetas tambien se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vese esta verdad clara, porque despues acá un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

Dígame, señor D. Quijote, dijo á esta sazón el barbero, ¿no ha habido algun poeta que haya hecho alguna sátira á esa señora Angélica, entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, respondió D. Quijote, que si Sacripante ó Roldan fueran poetas, que ya me hubieran jabonado á la doncella, porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellas á quien ellos escogieron por señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indigna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado á mi noticia ningun verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo. Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron D. Quijote, el cura y el barbero eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á D. Quijote, y ellas le defendian la puerta; ¿Qué quiere este monstrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que distrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: Ama de Satánas, el sonsacado y el destrado y el llevado por esos andurriales soy yo, que

no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engaños, prometíndome una insula que hasta ahora la espero. Malas insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito: ¿y qué son insulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y régir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares, y dejáos de pretender insulas ni insulos. Grande gusto recebían el cura y el barbero de oír el coloquio de los tres; pero D. Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algun monton de maliciosas necedades y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de D. Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías, y así dijo el cura al barbero: Vos veréis, compadre, cómo cuando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero como de la simplicidad del escudero, que tan creído tiene aquello de la insula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estémos á la mira, verémos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardit. Así es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo. En tanto D. Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, mas anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. Engañaste, Sancho, dijo D. Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo D. Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte; pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocara, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me mantearon como á miembro, se estaba mi cabeza detras de las bardas, mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió D. Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te mantearon? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entónces en mi espíritu,

que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oídos; y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su sér y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepa, Sancho, que si á los oídos de los principes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió D. Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene á vuesa merced por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen que no contentándose vuesa merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atras y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderos, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo D. Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamas remendado: roto bien podria ser, y el roto mas de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo D. Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De D. Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué mas que demasiadamente rijoso, y de su hermano que fué lloron. Así que, ó Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mías; como no sean mas de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay mas? preguntó D. Quijote. Aun la cola falta por desollar,

dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado, mas si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las calañas que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la historia de vuesa merced, con nombre del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha: y dice que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo D. Quijote, que debe de ser algun sabio encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que así se llama el que diólo tengo), el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió D. Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo D. Quijote, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuesa merced gusta que yo le haga venir aquí, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dijo D. Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPITULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oír las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las mas señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escudero se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto; pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide, y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temiase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas

calidades, teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos, y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recibió con mucha cortesía. Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á D. Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole: Déme vuestra grandeza las manos, señor D. Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los mas famosos caballeros andantes que ha habido ni aun habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar D. Quijote, y dijo: De esta manera, ¿verdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mí que el día de hoy están impresos mas de doce mil libros de la tal historia: si no, dígalos Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazón D. Quijote, que mas debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de vuesa merced, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora D.^a Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, he oído llamar con Don á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objeción de importancia, respondió Carrasco. No por cierto, respondió D. Quijote; pero dígame vuesa merced, señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que mas se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento que á vuesa merced le parecieron briaréos y gigantes; otros á la de los batanes: este á la descripción de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encárece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaíno. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? No se le quedó nada, respondió

Sanson, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dijo D. Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leído la historia, que se holgaran se les hubieran olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. También pudieran callarlos por equidad, dijo D. Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Enéas como Virgilio le pintó, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fuéron, sino como debían ser, y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fuéron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor, se hallen los míos, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo: pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarrón sois, Sancho, respondió D. Quijote, á fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo D. Quijote, y no interrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que soy yo uno de los principales personajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sansón. ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho, pues ándese á eso, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al mas pintado de toda ella, puesto que también hay quien diga que anduvistes demasíadamente de crédulo en creer que podía ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor D. Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas, dijo D. Quijote; y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará mas idóneo y mas hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalén: el daño está en que la dicha insula se entretiene no sé dónde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sansón, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto mas una. Gobernadores he visto por ahí, dijo San-

cho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de insulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiernan insulas, por lo ménos han de saber gramática. Con la grama bien me vendría yo, dijo Sancho, pero con la tica ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde mas de mí se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan; que á fe de buen escudero que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oír los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sansón. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire cómo habla ó cómo escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su merced del señor D. Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que ha mezclado el hideperro berzas con capachos. Ahora digo, dijo D. Quijote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, si no algun ignorante hablador, que á tiento y sin algun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacia Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: Lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo*; y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderla. Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran, y finalmente es tan trillada y tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco, cuando dicen, allí va Rocinante, y los que mas se han dado á su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un *Don Quijote*: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del mas gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta, ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dijo D. Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los míos; sin duda se debió de atener al refrán: De paja y de heno, etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volumen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque

no lo ha de ser el que quiere dar á entender que es simple. La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó D. Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo. La causa deso es, dijo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto mas se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las mas veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo D. Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas ó sobras de los que predicán. Todo esto es así, señor D. Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censoradores fueran mas misericordiosos y ménos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarísimo de la obra de que murmuran, que si *aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estubo despierto por dar la luz de su obra con la ménos sombra que pudiese; y quizá podría ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que á las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo D. Quijote, á pocos habrá contentado.—Antes es al reves, que como *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que allí no se declara, y solo se infiere de lo escrito que se le hurtaron, y de allí á poco le vemos á caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido: también dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra-Morena, que nunca mas los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi óslo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite, quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióse el humor Carrasco, acabóse el banquetete, durmióse la siesta, volvió Sancho, y renovóse la plática pasada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: A lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo ó cuándo se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra-Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio, sin que yo lo sintiese. Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo; que lo mismo le sucedió á Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento y no le vi: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuántos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de jitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena. No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que ántes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mismo rucio. A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor. Así es, sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? Deshicieronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran sino á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad; y cada uno metá la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó D. Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe

de ser de la importancia de las ya referidas. ¿Y por ventura, dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson: pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas; y otros, de las cosas de D. Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: vengan mas quijetadas, embista D. Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. ¿Y á qué se atiende el autor? dijo D. Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿Al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en visperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso, y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnissimas justas por la fiesta de san Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras: Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de ba-deas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que entre los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo; y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandri-

nes de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y mas que tan bien y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y Cuando viene el bien, mételo en tu casa. Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. Tanto es lo de mas como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndos gobernador no conociédeses á la madre que os parió. Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llaman décimas ó rondallas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraría embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida sería de allí á ocho dias. Encargó D. Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura y á maese Nicolas y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos

sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué á poner en orden lo necesario para su jornada.

CAPITULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegando á escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que á su oficio debia, y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto que la obligó á preguntarle: ¿Qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que él respondió: Mujer mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgara, si Dios quisiera, de no estar contento, que magüer tonta, no sé yo quién recibe gusto de no tenerle. Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podia hacer á poca costa y con no mas de quererlo, claro está que mi alegría fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicisteis miembro de caballero andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomar con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creó yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que si no pensase ántes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto. Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévase el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os iréis ó os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo, que viven sin gobierno, y

no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvidéis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia. Mirad tambien que Marisancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseáis veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarranganada. A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casarla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú á una doña tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Mediós, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refran que dice: Al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que allí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este que es nuestro igual estará bien casada, y le tendrémossiempre á nuestros ojos, y serémoss todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia y mujer de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora sin que ni para qué estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oído decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no sería bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo.) ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiera, y verás como te llaman á tí D.^a Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambetes, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No, sino estáos siempre eu un sér, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas. ¿Veis cuanto de-

cis, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisieredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habían de llamar Teresa Cascajo; pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la zapuerca; ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conocieredes. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó insulo, y entonáos á vuestro gusto, que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con vuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun familiar en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta D.^a Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en ménos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don y una señoría á cuestras, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero. ¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizá no lo habrás oído en todos los días de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho son las segundas por quien dice el traductor que

tiene por apócrifo este capítulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo). De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dijo el padre) á la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los envidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisieredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decis... Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongáis á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vistele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. El día que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese hará cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de véras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote, para dar orden en su partida.

CAPITULO VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama: En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de que-

jar en voz y en grito á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quijote: Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada día le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, y así no querría yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: Díganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió D. Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la Majestad real. ¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la corte? Mira, amiga, respondió D. Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pié y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo sér, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes; y yo sí; y has de saber mas, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; ántes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir; y si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son mas duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto mas de dos veces. Todo esto he dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y sería razon que no hubiese príncipe que no estimase en mas esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos. ¡Ah, señor mio! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo